

PARA MEDITAR, REFLEXIONAR Y REZAR

El hombre observó al niño solo en la sala de espera del aeropuerto aguardando el vuelo.

El niño fue colocado al frente de la fila, para entrar y encontrar su asiento antes que los adultos. Al entrar en el avión, el hombre vio que el niño estaba sentado al lado de su asiento.

El niño fue cortés cuando conversó con él y, enseguida, comenzó a pasar el tiempo pintando un libro. No demostraba ansiedad o preocupación por el vuelo mientras la preparación para el despegue estaba siendo hecha.

Durante el vuelo el avión entró en una tempestad muy fuerte lo que le hizo balancearse como una pluma al viento. La turbulencia y las sacudidas bruscas asustaron a algunos pasajeros. Pero el niño parecía encarar todo con la mayor naturalidad.

Una de las pasajeras, sentada al otro lado del corredor estaba preocupada por todo aquello y preguntó al niño:

¿No tienes miedo?

No señora, no tengo miedo, él respondió, levantando los ojos rápidamente de su libro de pintar.

¡Mi padre es el piloto!

Existen situaciones en nuestra vida que recuerdan un avión pasando por una fuerte tempestad. Por más que intentemos, no conseguimos sentirnos en tierra firme.

Tenemos la sensación de que estamos colgados del aire sin nada para sostenernos, para asegurarnos, en que apoyarnos, y que nos sirva de socorro.

En estas horas debemos recordar, con serenidad y confianza que:

Nuestro "PADRE" es el piloto.

COMUNIDAD EN CAMINO



6º ORDINARIO
Ciclo "B"

PP. DOMINICOS - MADRID
Avda. Ciudad de Barcelona,1
<http://www.parroquiadeatocha.es>

15 de FEBRERO
de 2.009

PARROQUIA NUESTRA SEÑORA DE ATOCHA

"Si quieres puedes limpiarme...
quiero, queda limpio...
No se lo digas a nadie...
Pero cuando se fue,
empezó a divulgar el hecho..."



Jesús ante la situación que se le presenta, no se aleja no mira para otro lado. Se compadece, se acerca, toca el problema y hace lo que está en su mano para solucionarlo.

LECTURAS PARA EL PRÓXIMO DOMINGO

Domingo 7º - T. Ordinario - (22 de Febrero de 2009)

Primera lectura: Isaías 43, 18-19.21-22.24-25.

“Pero tú no me invocabas, Jacob; ni te esforzabas por mí, Israel; no me saciabas con grasas de tus sacrificios; pero me avasallabas con tus pecados y me cansabas con tus culpas. Yo, yo era quien por mí cuanta borraba tus crímenes y no me acordaba de tus pecados”.

Como un Padre bueno Dios reprocha nuestras infidelidades y nos las hace florecer en nuestra conciencia, para que caigamos en la cuenta de cómo le ofendemos. Pero en el colmo de su infinita bondad y misericordia nos dice: “Yo, yo era quien por mí cuanta borraba tus crímenes y no me acordaba de tus pecados”.

Segunda lectura: 2ª Corintios 1,18-22.

“Hermanos: ¡Dios me es testigo! La palabra que os dirigimos no fue primero “sí” y luego “no”. Cristo Jesús, el Hijo de Dios, el que Silvano, Timoteo y yo os hemos anunciado, no fue primero “sí” y luego “no”; en él todas las promesas han recibido un “sí”. Y por él podemos responder “Amén” a Dios para gloria suya”.

La fe cristiana no es una ilusión que se desvanece; no es un momento de entusiasmo juvenil que más tarde se convierte en desengaño senil. La fe cristiana es un “amén”, un “sí” de las promesas divinas. Nuestra seguridad no es de origen humano, sino divino: se fundamenta en el “sí” definitivo de Dios.

Evangelio: Marcos 2, 1-12.

“Viendo Jesús la fe que tenía, le dijo al paralítico: Hijo, tus pecados quedan perdonados... Unos escribas, allí sentados, decían para sus adentros: ¿Por qué habla éste así? Blasfema ¿Quién puede perdonar pecados fuera de Dios?... Pues para que veáis que el Hijo del hombre tiene potestad en la tierra para perdonar pecados... entonces le dijo al paralítico: Levántate coge la camilla y vete a tu casa. Inmediatamente se levantó, cogió la camilla y se fue a su casa”.

En este texto, Jesús, pone al mismo nivel el perdón de los pecados y la curación de la enfermedad. Todo intento de separar la acción apostólica y de reducirla únicamente al ámbito mal llamado “espiritual” es una traición a esta plenitud de la salvación mesiánica: el ejemplo nos lo da Jesús.

Ante el proyecto de modificación de la Ley del Aborto, reproducimos el artículo publicado en nuestra “Hoja Parroquial” hace cuatro años

El Problema de la aceptación social del aborto provocado

El filósofo español Julián Marías, recientemente fallecido, escribía esta frase que me ha impresionado: “Lo más grave que ha sucedido en el siglo XX, es la aceptación social del aborto provocado”

Estas palabras, pronunciadas por un filósofo cristiano ecuaníme y lúcido como Julián Marías, deben llevarnos a una profunda reflexión. Un aborto provocado significa eliminar una vida humana: una vida es sagrada, inviolable. Y esto tan grave, por diversos motivos y circunstancias, en el siglo XX, ha obtenido la aceptación de grandes masas populares. ¿Qué ha sucedido? ¿Pensará mucha gente que el no nacido todavía no es persona o al que va a nacer, porque molesta, porque resulta incómodo, se le puede hacer desaparecer impunemente? ¿O es que unos pretendidos derechos de la madre pueden segar de raíz los derechos de la vida, distinta de la suya, que lleva en su seno? ¿Qué ha sucedido para que el aborto provocado haya llegado a obtener tan amplia aceptación social? ¿Ha muerto la conciencia moral de la gente? ¿Se han perdido importantes valores morales?

Los interrogantes podrían seguir. Hagamos un profundo examen de conciencia sobre lo que realmente ha pasado. Y si somos coherentes con nuestra fe cristiana, sepamos defender siempre y con decisión el gran valor de la vida humana y consecuentemente, digamos un no rotundo: al hambre y a la tortura que matan, al asesinato, al suicidio, a la pena de muerte, al aborto provocado, a la eutanasia.

Ante la aceptación social del aborto provocado, se puede recordar aquel pensamiento del poeta Rabindranath Tagore: “Por mucho que crezca lo falso no por ello llegará a ser verdad”.